

de tantos dolores inenarrables habian podido tocar su corazon cerrado á toda piedad; en su cabaña sólo se veia la imágen del Emperador, la estampa representando las fabulosas victorias, y en sus ojos sólo habia lágrimas para el mártir y para el martirio de Santa Helena, para el Titan crucificado sobre una roca en mitad del Océano. Nada pasó desde entonces que pudiera modificar sus sentimientos. La prosperidad de sus tierras crecía diariamente, y lo que era consecuencia natural de los progresos del tiempo y de los profundos cambios sociales, se atribuía á la virtud y á la fuerza del Imperio. Así nada le importaba al campesino que los escritores de París tuvieran más ó ménos libertad de esgrimir sus plumas; y los oradores de las reuniones públicas más ó ménos espacio para expender sus disparates y sus locuras; nada le importaba que sustituyera Gambetta á Ollivier como Ollivier habia sustituido á Rohuer; nada que Víctor Hugo trazase desde el destierro ó desde el Boulevard sus colosales figuras dignas del génio de Miguel Ángel; lo importante era que entrase en su mezquina bolsa íntegro el producto de sus tierras, y para esto que Napoleon III refrenara con mano fuerte á los demagogos ó impidiese la restauracion de los Borbones. Mal gravísimo era semejante estado de ánimo en los pueblos, pero mal verdadero, y desconocerlo equivalía á cerrar los ojos á toda evidencia.

Luego los antiguos partidos monárquicos se modificaban profundamente. El absolutista, á la verdad, se parecia en su petrificación á las antiguas momias egipcias. Enemigo de los usurpadores, á quienes llamaba Buonapartes, votaria resueltamente contra el Imperio. Mas no así el partido orleanista. Poco numeroso, y muy enamorado de su antigua oligarquía, del gobierno de los abogados, que se alcanza y se sostiene en el Parlamento, creía que Napoleon y los napoleónicas iban á ser al fin de sus dias como Guillermo de Orange y la casa de Hannover en la

vecina Inglaterra, eterna norma de las combinaciones doctrinarias. Así nada más natural y nada sin embargo más criticado que la conversion del insigne escritor Laboulaye. A pesar de sus libros teóricos, su política práctica guardó siempre religioso culto á la época en que existía la alianza de la autoridad con la libertad por medio del reinado de las clases medias coronadas en la persona de Luis Felipe como el pueblo se creía coronado en la persona de Napoleon. Por esto mismo no habia régimen alguno tan contrario á sus creencias y tan repulsivo á sus sentimientos como el régimen cesarista, ese mónstruo informe, nacido del Ayuntamiento de los brutales pretorianos con la ignorante plebe. Mas ¿qué esperanza le quedaba de sacudir este régimen? La revolucion. Y la revolucion era á sus ojos medicina peor que la enfermedad. Así, en cuanto vió que el Imperio se trasformaba en sentido constitucional, en sentido parlamentario, abriéndose á la libertad, restaurando la tribuna y la prensa, creyó de su deber apoyar al Imperio. Lo mismo habia hecho Prevost-Paradol, aquel finísimo escritor, de pensamiento poco profundo, pero de estilo esmaltadísimo, que adquirió su gloria literaria y su laurel académico zahiriendo al César, y concluyó representándolo en Wasingthon para morir de vergüenza y de remordimientos en brazos del suicidio, juez severo y verdugo diligente de la propia deshonra. Pero la juventud republicana, que acudia al Colegio de Francia, que escuchaba las lecciones de Laboulaye, no alcanzaba cómo el profesor habia dividido su razon teórica de su razon práctica, hasta el extremo de ser teóricamente el republicano más avanzado y prácticamente el más convencido parlamentario. Eso de matar á Dios en la razon pura, de enterrarlo en aquellas cimas inaccesibles de la inteligencia para verlo fluir luego en la razon práctica, como fluye en el hondo valle el vivificante rio que en la alta montaña es muda y muerta nieve; eso era el colmo de lo absurdo para las inteligencias sistemáticas y

los corazones entusiastas de la juventud universitaria. Se lo perdonaban á Kant por creerlo un germano extravagante; le perdonaban á Kant esas distinciones sutiles entre la razon pura y la razon práctica; pero no se lo perdonaban ni podian perdonárselo á Laboulaye. Y en efecto, el ilustre maestro enseñaba el derecho político de la confederacion americana, el derecho político de la República. A la realidad de aquel Imperio francés donde apenas respiraba la conciencia, oponía el ideal de la más amplia y plena democracia. Luego su libro de París en América era el sueño de libertad más luminosa, opuesto á las tristes asperezas de la servidumbre más abyecta, no es posible mantener la política siempre allá en lo puramente abstracto é ideal. Rousseau trazaba su pacto social, su pueblo cercano á la naturaleza, sin presentir la revolucion, y sin esperar que cayesen ni en tres siglos los antiguos reyes y las antiguas aristocracias. Y al poco tiempo, contra el descorazonamiento del elocuentísimo profeta, se vió surgir en América una sociedad sin reyes, sin nobles, sin clero oficial, sin ejército, sin distinciones ni gerarquía donde los derechos naturales se encarnaban profundamente en la sociedad, y la sociedad en la República. Pues bien, la juventud creía que Laboulaye habia escrito sus libros y habia pronunciado sus lecciones para que comulgaran todos en ellas la verdad política, y se proponian sostenerla y realizarla á costa de su tranquilidad y hasta de su existencia. Cuánto no fué su asombro al ver á Laboulaye en el error de aceptar el liberalismo imperial y de creer en la palabra del Emperador. Todo el afecto que le habian consagrado se trocó en odio. Le denostaron, le maldijeron, le silbaron, le escupieron todos en la cara. Le llamaron Senador, la más alta dignidad para el Imperio, la más grave injuria para los republicanos. Le entonaron canciones burlescas, cuyo estribillo era: volvednos el tintero, un tintero de plata, que la oposicion le regalara en los dias

de su popularidad. Laboulaye, con el corazon destrozado, mantuvo firmemente su resolucion y enhiesta su bandera. Mas los hechos han venido á mostrar que se equivocaba tristemente, y que el Imperio no podia servir á la libertad y á la paz, puesto que era la dictadura permanente y engendraba por necesidad el despotismo y la guerra. Desde entonces, desde aquella grave crisis, Laboulaye ha permanecido siempre fiel á la libertad, y ha sustentado la única solucion digna de Francia y posible en estos criticos momentos, la República.

Entre los terrores de las clases acomodadas, los delirios de la demagogia, las divisiones del partido republicano, el retraimiento de los avanzados y la desercion de los antiguos constitucionales, el plebiscito debia resultar favorable, muy favorable al Imperio. París mismo, el París republicano, habia retrocedido de una manera lamentable. Ciento treinta y ocho mil votos tuvieron los imperialistas; ciento ochenta y cuatro mil los republicanos. El retroceso de la idea era evidente, sobre todo, si se comparaba con el censo de las últimas elecciones. Pero al fin, le quedaba en París la mayoría á la República. En el resto de Francia, fué abrumadora para todos nosotros la ruidosa victoria del Imperio. Siete millones de síes alcanzó el Imperio por millon y medio de nós que alcanzó la oposicion. Triste, lamentable resultado que apenó á muchos corazones enteros, y que nubló por completo el horizonte de nuestras esperanzas. Tras tantos errores el Imperio salia rejuvenecido y fuerte de esta grave crisis, con fuerzas para intentar cualquier nueva empresa y con esperanza de perpetuar su dominio. Yo lo comprendí tan claramente desde el primer dia, que escribí el 13 de Mayo estas palabras al *Nacional* de Lima. «Ahora temedlo todo. El matrimonio entre el César y la libertad se ha roto. Napoleon se cree omnipotente. Y saldrá de su situacion extraordinariamente grave, por una de estas dos puertas,

ó por el golpe de estado, ó por la guerra europea.

¿Comprendería el partido republicano todos los peligros que le traían sus complacencias serviles con los rojos? Esta pregunta andaba de boca en boca. Mr. Peyrat contestaba en el órgano más grave de nuestro partido, en el *Avenir National*, por estas sencillas y elocuentes palabras: «Sí, en estos últimos tiempos se han dicho y se han hecho muchas, muchísimas locuras..... Es necesario romper toda comunidad con esas doctrinas insensatas y con los extravagantes que las profesan.» *El Siecle*, el periódico más leído y más antiguo del partido republicano, exclamaba, dirigiéndose á los periódicos intransigentes: «Esas polémicas apasionadas y violentas han contribuido en primer término á la derrota de la democracia.» El mismo Delescluze, añadía: «Apliquemos pronta é implacable justicia á todas las exageraciones que nos pierden.» Gambetta dijo la palabra que verdaderamente pintaba la situación y que resumía los consejos indispensables al partido republicano: «Jamás gobernareis á los demás, si no los persuadís de que acertáis á gobernaros á vosotros mismos.»

Las perturbaciones que hubo en París por aquellos días, repetición de las perturbaciones anteriores, no hicieron más que afirmar al Imperio y confirmar al plebiscito. El único síntoma grave, la única nube espesa que empañaba aquel horizonte era el voto del ejército. La votación hecha en los cuarteles, con urnas aparte, con escrutinio particularísimo, había dado gravísimas protestas contra el Imperio. La mayoría fué siempre grande; pero el voto de la minoría fué también muy amenazador, sobre todo, en el instituto que debía pelear y morir por la autoridad del Imperio. La opinión pública se conmovió profundamente, y echó de ver un síntoma de verdadera debilidad y una amenaza terrible en las complicaciones de lo porvenir. Fueron tales y tantos los rumores, que

Napoleon escribió una carta autógrafa al ministro de la Guerra, declarándose satisfecho del voto de su ejército, y salió en compañía de la Emperatriz Eugenia á la hora de mayor concurrencia, por los boulevares para ir al cuartel, donde más votos de oposición habían sonado, al cuartel del Príncipe Eugenio, y decir cuatro cumplidos al ejército y darles cuatro regalos á los soldados, convirtiéndose en cortesano y adulator de sus enemigos armados, porque al postre, en el moderno París, como en la antigua Roma, el César era tan solo un pretoriano con manto de púrpura y con diadema de oro, eternos símbolos de la arbitrariedad imperial y de la fuerza ciega.

Una aparatosa ceremonia debía celebrarse á los pocos días en el grande salon del Louvre. Los Cuerpos Colegisladores notificaban al Emperador el número de votos que había tenido el Imperio en esta prueba de su poder y de su autoridad. Los más brillantes uniformes, las veneras más renombradas y lucientes henchían aquel salon grandioso, pintado al fresco, rutilante de deslumbradores dorados y varios colores y matices. El Presidente del Cuerpo Legislativo, bajando la cabeza y levantando la voz, dijo: «La Francia, señor, os pertenece.» El Emperador se regocijó en ditirámico discurso de esta nueva prueba de alianza entre el pueblo y su dinastía, prometiendo para lo porvenir una larga era de felicidad y de paz. Inclináronse todas las frentes, sonaron las músicas, y el cañon de los Inválidos notificó á París que el Emperador estaba satisfecho y contento en su elevado trono.

Todo el mundo ereía que aquella era la ceremonia triunfal de un Imperio renaciente cuando debía ser la ceremonia fúnebre de un Imperio moribundo. Cuentan las historias que al salir de las Tullerías en este ó en otro día Emilio Ollivier, encontró á uno de sus amigos de la infancia que se le acercó á hablarle, entablándose entre ambos este diálogo:

—¿Qué tal va?

—Bien de salud. Mal de trabajo, porque el poder es una carga abrumadora.

—¿Y el Emperador?

—Así, así.

—¿Está malo?...

—Su inteligencia, se apaga, sus fuerzas decaen, su ánimo se abate; pero fío en Dios, que mi política ha de procurarle una buena vejez.

—¡Ay! Emilio, no es posible, le dijo el amigo, rehacer la perdida virginidad del Imperio.

No veía el cándido Ollivier en aquel momento que nacido el Imperio del golpe de Estado, erigido sobre las bayonetas pretorianas, César como los Césares romanos, creyéndose en su omnipotencia un Dios, ébrio de cólera y de orgullo, debía buscar nuevo poder, no en las Asambleas donde tenía que compartirlo con los oradores, y quedarse reducido á símbolo de ideas, á corona de la opinión, á todo, ménos á monarca reinante, sino en los campos de bata-

lla, allí donde se impera con absolutismo, donde se impulsan máquinas, donde se degüella á hombres, donde entre el vapor de sangre caliente, las nubes de la pólvora quemada, el estampido del cañon, los ayes de los moribundos, las ruinas y los incendios de los pueblos, las luchas de los campos puede reinar el génio de la destrucción, que prefiere á todas las caricias de la libertad, fecunda madre de los pueblos grandes, el desposarse sobre frio cadáver con su esposa natural, que es la muerte. El Imperio no podía continuar, no era posible que continuase, sino saliéndose rápidamente de la atmósfera de la libertad. Y el emperador no podía morir no, sin que el castigo de sus culpas cayese sobre él, porque de otra suerte hubiéramos podido con razón dudar de la eterna justicia. El ángel apocalíptico de los combates le aguardaba en las sombras para traspasar su gangrenado corazón y derribar su maldecida corona. Salimos del plebiscito para entrar en la guerra.